

LUCAS 22,54-75

TEXTO

«⁵⁴Después de haberlo prendido, lo llevaron y lo introdujeron en la casa del **Sumo Sacerdote. Pedro (lo)** seguía de lejos. ⁵⁵Habían encendido una hoguera en medio del patio y se habían sentado juntos. **Pedro** se sentó entre ellos.

⁵⁶**Una criada**, al verlo sentado junto a la lumbre y fijando en él la mirada, dijo: “Éste también estaba con él”. ⁵⁷Pero **Pedro (lo)** negó diciendo: “Mujer, no lo conozco”.

⁵⁸Poco después, **otro**, al verlo, dijo: “Tú también eres (uno) de ellos”. Pero **Pedro** dijo: “Hombre, no lo soy”.

⁵⁹Y, tras haber pasado como una hora, **alguien** más insistió: “En verdad éste también estaba con él; pues es también galileo”. ⁶⁰Pero **Pedro** dijo: “Hombre, no sé de qué hablas”.

Y al punto, mientras estaba todavía hablando, *cantó el gallo*. ⁶¹Entonces, volviéndose, **el Señor** miró a **Pedro**, y éste se acordó de la palabra del **Señor** que le había dicho: “Hoy, antes de que *cante el gallo*, me habrás negado tres veces”. ⁶²Y, saliendo afuera, lloró amargamente.

⁶³**Los hombres** que lo tenían preso se burlaban de él y lo golpeaban.

⁶⁴Y tras cubrirlo con un velo lo interrogaban diciendo: “Profetiza, ¿quién es el que te ha golpeado?”.

⁶⁵Y proferían contra él muchas otras injurias.

⁶⁶Cuando se hizo de día, se reunió la asamblea de **ancianos** del pueblo, **sumos sacerdotes y escribas**; y lo llevaron a su Sanedrín, ⁶⁷diciendo: “Si eres **el Mesías**, dínoslo”. Pero les dijo: “Si os lo digo no me creeréis; ⁶⁸y si os pregunto no me responderéis. ⁶⁹Mas a partir de este momento, **el Hijo del hombre** estará sentado a la derecha del poder de Dios”.

⁷⁰Todos dijeron: “¿Así que tú eres **el Hijo de Dios**?”. Les dijo: “Vosotros decís que yo lo soy”.

⁷¹Dijeron entonces: “¿Qué necesidad tenemos ya de *testimonios*? Pues nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca”.

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (22,54-65)

.- Los exegetas consideran el sintagma *kai autós*, «y él», como una expresión de cristología elevada. En cambio el acusativo *autón* («a él/lo») funciona a veces en Lucas como una señal de sumisión, de humillación, de cristología baja. Tres episodios sucesivos recurren a este pronombre en acusativo para manifestar hasta qué grado Jesús se convirtió en juguete de sus adversarios: en el v. 54, unos hombres «lo» detienen; en el v. 63 «lo» tienen cautivo; en el v. 1 del capítulo 23, «lo» conducen a Pilato. De sujeto, *Jesús pasa a ser objeto*. No obstante, al igual que lo fue durante el prendimiento (22,47-53), este *autón*, este complemento directo, permanece en un cierto nivel como sujeto, como el dueño del saber y de la presciencia (v. 61). Por el contrario, en esta misma hora Pedro se manifiesta como el que no sabe, como el que no quiere saber (vv. 57 y 60). La «negación de Pedro» responde a lo que se puede llamar las tres tentaciones de Pedro (por *simetría antitética* con las tres tentaciones de Jesús: 4,1-13). Hay una cara positiva que responde a la negativa. El canto del gallo confirma la profecía (v. 60), la mirada de Jesús provoca el recuerdo (v. 61) y la toma de conciencia de Pedro abre el capítulo de la conversión, de la fe y de la misión (vv. 61-62).

El v. 54 en su primera frase menciona -finalmente- el prendimiento de Jesús y -complemento indispensable- el primer lugar de su detención. En su segunda frase, introduce a Pedro y describe su acción. Los vv. 55-62 se reparten en tres ondas que siguen una regla narrativa bien conocida. La sirvienta interrumpe la tranquilidad de Pedro sin dirigirse directamente a él, pero hablando con fuerza suficiente como para que lo oiga (vv. 55-57); luego, un poco más tarde, otro personaje lo interpela directamente (v. 58); al final, lo hace otra persona (vv. 59-60a). Estos tres asaltos, que se extienden durante varias horas, provocan la negación triple, la cual suscita «al punto» el canto del gallo. Jesús mira a Pedro y el discípulo recuerda (vv. 60b-62). Pedro hace mutis por el foro entre lágrimas de arrepentimiento. Reaparecerá sólo el día de Pascua para correr hacia la tumba (24,12).

La secuencia narrativa de Lucas abandona la de Marcos y la redacción lucana de la negación presenta una serie de particularidades, de modo que es probable que Lucas se apoye aquí en su material propio que condimenta con detalles marcanos.

¿Es histórica la negación de Pedro? La tendencia de los primeros cristianos, perceptible en Lucas, fue admirar a los apóstoles. Por tanto, no se los imagina uno inventando o propagando la historia de una apostasía de este calibre. Tres razones parecen haber empujado a los primeros cristianos a no echar este recuerdo en el olvido (sabían muy bien olvidar un acontecimiento cuando se revelaba provechoso). La primera es apologética: cuando un acontecimiento es tan conocido (los cuatro evangelios lo conocen), vale más explicarlo que callarlo o negarlo. Lo que entonces les vino a la mente fue afirmar que Cristo había predicho el acontecimiento (Mc 14,29-31; Mt 26,33-35; Lc 22,33-34). La segunda explicación tiene relación con la estructura de la vida cristiana, hecha de pecados seguidos de arrepentimiento, conversión, fe y una existencia nueva. La vida de Pedro en general, y la triple negación en particular, ofrecían una ilustración excelente de esta estructura, a la cual correspondía además el destino de Jesús, juguete en el Viernes Santo de la malicia humana, y beneficiario en la Pascua de la misericordia divina. La tercera explicación es más arriesgada. Se ha sugerido que ciertos episodios de los *Hechos de Pedro* se explican por las disputas en la época patrística (entre rigoristas y laxistas) respecto a la penitencia y el perdón. Frente a los rigoristas del siglo I, tal como aparecen en la Epístola a los Hebreos (6,1-8), los defensores de la tradición sinóptica, al conservar y transmitir el episodio de la negación de Pedro, quisieron decir: *el perdón siempre es posible* para el que se arrepiente; ¿no es el apóstol Pedro el mejor ejemplo? Algunos, por otro lado, insistieron en la responsabilidad personal del pecador llamado a arrepentirse (cf. Ap 2,5.16.21-22; 3,3.19); otros sugirieron que el proceso de la *metánoia*, la «conversión» o el «arrepentimiento», era imposible sin ayuda divina. Aunque subraye la parte humana, Lucas forma parte de este último grupo: según su formulación, la *metánoia* es ofrecida por Dios (Hch 11,18) como una ocasión que la voluntad humana debe aceptar. Este motivo teológico está aquí expresado narrativamente por un toque redaccional: antes de las lágrimas de Pedro, está la mirada del Señor (vv. 61-62).

- V. 54: Que Pedro «siga» es positivo, pero que lo haga «desde lejos» despierta la sospecha: si guarda esta distancia, ¿acaso no es porque tiene ya miedo? Este adverbio sirve, por tanto, de marcador.

- V. 55: Este versículo describe el decorado. Lucas enfoca la atención: en medio del palacio hay un «patio» (*aulé*); en medio del patio, una hoguera. Alrededor del fuego está la gente, y entre la gente está Pedro.

- V. 56: No es indiferente que sea una «criada» la que se interesa por Pedro. Mientras que Jesús, confrontado con el sumo sacerdote, la autoridad más alta, no cede, Pedro se desestabiliza por la acción de un ser que para la época representaba la debilidad y la sumisión

a la vez: mujer y sierva. A la mirada de esta *paidíske* responderá la mirada del *kyrios*, el «Señor»: Pedro, que debería ser autónomo, se deja influir por otros. El *houtos*, «éste», para designar a Pedro tiene una connotación despectiva.

.- V. 57: El verbo *arnoumai* es fuerte. Significa «negar», «desaprobar», «rehusar», «renegar». La negación se opone a la confesión (*homologeó*) y designa la actitud del que se niega a poner su confianza en Dios y rechaza a los enviados a él destinados. La ruptura parece consumada.

.- V. 58: La respuesta de Pedro no satisface al auditorio. Otro personaje no cree la mentira y reitera la afirmación de su compañera: «tú también eres (uno) de ellos». La réplica de Pedro varía en su forma, pero permanece idéntica en su fondo: «hombre, no lo soy». En Marcos es la misma criada la que insiste (Mc 14,69), mientras que Lucas prefiere cambiar de personaje y hace que la segunda afirmación sea formulada por un hombre después de una mujer (alternancia que aprecia, como hemos visto ya).

.- V. 59: Una hora entera separa la segunda de la tercera intervención. Lucas -que ignora el interrogatorio y el proceso nocturno de Jesús- sugiere la espera del alba y prepara el canto del gallo. Por vez primera, un interlocutor de Pedro ofrece una explicación para sostener su opinión: «pues es también galileo». Lucas no nos dice en qué se basa esta afirmación (su habla, como Mateo, o su ropa).

.- V. 60: el Pedro de Lucas dice que no sabe de qué le hablan, mientras que el de Marcos afirma no conocer «a ese hombre de quien me habláis». Pedro persiste. Dos veces (vv. 57 y 60) clama que no sabe, que no conoce. ¡Cuántas negaciones! Tres *ouk*, «no» (vv. 57, 58 y 60) para una negación triple.

.- V. 61: Jesús utiliza el último derecho que le queda: el de girar la cabeza y mirar a su discípulo. El evangelista no califica esta mirada. Todo lo que se puede decir es que, desinteresándose de sí, Jesús se preocupa de su discípulo. Lo que Lucas quiere señalar es el efecto inmediato que produce. En el momento en el que Jesús se vuelve hacia él, Pedro se torna también hacia su Señor, ya que «se acordó de la palabra del Señor». Se trata de algo más importante que de un movimiento físico, es una vuelta hacia el interior (cf. el «una vez vuelto», «una vez convertido», del v. 32). El apóstol aparece como el modelo del creyente. El título «el Señor» aparece aquí dos veces.

.- V. 62: La negación expresa una opción rápida tomada en un momento de crisis, de un reflejo de autoprotección guiado más por el miedo que por el cálculo. A distancia y para el espectador, es producto de la cobardía, el egoísmo, la injusticia y la ingratitud. De cerca y para el interesado, nace del instinto de supervivencia frente a una situación marcada por la injusticia y la violencia. En este sentido, el arrepentimiento de Pedro tiene de notable que se produce cuando la violencia aún no ha alcanzado su cenit.

.- Vv. 63-65: Los primeros ultrajes se inscriben en un marco judío: por sus gestos y sus palabras, los torturadores acusan a Jesús de no ser más que un falso profeta. Lucas utiliza el verbo *empaizo* (v. 63) que sugiere burlas más que torturas (cf. la palabra *pais*, «niño»). El juego consiste en que otro sea el objeto del juego. El entretenimiento degenera en crueldad. Son los verbos *paío* y *dero* los que señalan que las burlas son serias y que se acompañaban de golpes.

SEGUNDA UNIDAD (22,66-71)

- El texto es oscuro; Jesús no afirma su identidad y el Sanedrín no pronuncia sentencia alguna. La personalidad de Jesús es controvertida y se enfrentan dos concepciones antagónicas sobre el Mesías, mas lo que está en juego queda velado. La oposición es manifiesta, pero las razones precisas del desacuerdo permanecen implícitas.

El v. 66 proporciona una información: la autoridad va a ocuparse del que espera en la casa del sumo sacerdote. Los vv. 67-71 presentan el interrogatorio que Jesús sufre entonces; dos preguntas generan dos respuestas de diferente amplitud: una amplia (vv. 67b-69), y otra breve (v. 70b). La asamblea tiene la última palabra (v. 71) y se considera preparada para la etapa siguiente, la comparecencia ante Pilato (23,1). Lucas sigue y adapta el evangelio de Marcos.

- V. 66: Lucas confiere solemnidad a la circunstancia: *presbyterion* significa «asamblea de los ancianos». Lucas sabe que los «ancianos» o «presbíteros» formaban uno de los tres grupos que constituían el Sanedrín de Jerusalén. Como sabía también que otros dos grupos formaban parte de ese cuerpo y que uno de ellos había sido particularmente activo contra Jesús, añade «sumos sacerdotes y escribas». Había en tiempos de Jesús una autoridad constituida denominada *synedrion*, formada por ancianos, sacerdotes y escribas, cuyo ámbito de prerrogativas permanece por desgracia oscuro. Parece haber tenido ciertos poderes políticos y judiciales. Los evangelios se ponen de acuerdo en un punto: que este consejo pudo reenviar a Jesús a Pilato para acusarlo ante él.

- V. 67: El *titulus*, el letrero fijado en la cruz, atestigua que Pilato condenó a Jesús por un motivo político. El gobernador actuaba así con rigor contra lo que consideraba una amenaza contra el orden público y la autoridad romana. Las fuentes cristianas conocen la participación que las autoridades judías tuvieron en el destino de Jesús y tienden a sobreestimarla. Lucas está seguro de que el Sanedrín planteó la cuestión de la mesianidad de Jesús y, a diferencia de Marcos pero de acuerdo con Mateo (Mt 26,64), considera que Jesús dudó en responder. No es la primera vez que Jesús, implicado en una controversia, esquiva la dificultad. El precedente más famoso es el silencio con el que Jesús responde a la cuestión sobre su autoridad (20,1-8). La pregunta de ahora (v. 67) no es tan diferente a la cuestión de ayer (20,2). Lucas considera en uno y otro pasaje que la pregunta era una trampa y que el Maestro tenía razón en no comprometerse más. La pretensión de ser el Mesías no constituía una blasfemia, ni un pecado que tenía como consecuencia la muerte. Esto es desde el punto de vista judío, pero teniendo en cuenta las connotaciones reales que acarrea toda ambición mesiánica, la cosa era diferente para los romanos.

- V. 69: No es la primera vez que Jesús sorprende recurriendo al título «Hijo del hombre», pero el Sanedrín lo escucha sorprendido. Sorprendido en primer lugar porque después de haber eludido cualquier explicación (vv. 67b-68), Jesús otorga al menos una respuesta. Sorprendido, en segundo lugar, porque nada en sus palabras indica que él sea este Hijo del hombre. Pero los que cuentan son los lectores: saben desde hace tiempo que Jesús -modesto y glorioso a la vez- es el Hijo del hombre anunciado por el profeta Daniel.

- V. 70: Los miembros del Sanedrín se muestran unánimes («todos») en seguir este raciocinio: aunque Jesús -se dicen- no quiera reconocerlo abiertamente, tiene ambiciones desmesuradas. De ahí su segunda pregunta: «¿Eres, pues, el Hijo de Dios?». El evangelista conoce las ambigüedades del término «Mesías». Es un vocablo familiar para los judíos, pero extraño para los griegos. La repetición de la pregunta tiene ante todo un *valor didáctico*: al repetirla y formularla en términos de «Hijo de Dios», Lucas facilita como catequista la tarea de sus interlocutores. Pero hay algo más que un esfuerzo de clarificación respecto a los griegos; hay también una *voluntad doctrinal*. Los adversarios de Jesús piensan en un Mesías davídico con

ambiciones políticas, en un dirigente que desee levantar a Israel y provocar a los romanos. Si Lucas repite la pregunta, es porque quiere evitar absolutamente los malentendidos: Jesús es el Mesías, pero se trata del «Hijo de Dios» más allá de la muerte. No se trata de estar sentado en el palacio que estaba a la derecha del Templo, sino de la exaltación celeste a la derecha del Padre. No está claro el matiz que Lucas da a la segunda respuesta de Jesús. Hay una ambigüedad entre negativa y confesión.

.- V. 71: La última intervención de los miembros del Sanedrín va en el sentido de una confesión, ya que ellos estiman haberlo oído de labios de Jesús. Ahora bien, lo que oyeron era: «Sois vosotros quienes decís que yo lo soy» (v. 70b), pero lo entendieron en el sentido de: «hacéis bien en decirlo»; no necesitan, pues, un testimonio exterior.